

EL PAISAJE ILUMINADO

NOVELA
CORTA



A N G E L A C O S T A

EL PAISAJE ILUMINADO

(NOVELA CORTA)

Publicada en "Blanco y Negro",
tras un concurso literario, año 1931.

EL VIATICO

TENGO entre mis manos las cuerdas de esparto que hacen vibrar a "María" y "Rosario", las dos campanas que al fin logré alcanzar y dominar. Hace un viento atroz, mortificante, y por los huecos del campanario puse los ojos en las polvaredas que se han levantado lejos. Están detrás de las higueras de doña Amalia, están en la Montañeta... Son unos remolinos delgados que parecen bailar toda la extensión, cubriendo a veces en la parte alta la marcha de algún cuervo cogido de improviso.

No estoy muy alegre, no. ¿El motivo? No me lo sé explicar, pero juraría que me apretuñan el corazón al pensar en ese hombre que vive en para mí ignorada parte y a quien darán el Viático en seguida. Únicamente sé que lo llaman Epifanio Ruiz y que el cura salió hace cerca de una hora con rumbo a Tefía. Van con él Antonio, el sacristán, y un par de hombres venidos de allá. ¡Y este pícaro viento que estará cegándolos, como si fuera poco la molestia del mal camino, vereda que sube repechos, ahonda barranquillos y se asoma a las simas de peligro!

¿A ver? ¿Aquello de blanco? Pues son ellos, son ellos. Acaban de salir por encima de los árboles y de las últimas casas. Lo que luce es el roquete.

Ya tengo frío. Mis pantorrillas se han vuelto azules. Todo el cuerpo lo siento lleno de puntitos blancos, salientes, carne de gallina. ¿Por qué no me marchó de una vez? ¿Por qué sigo repicando en esta altura, ahora que ningún pájaro salta por las tejas rotas, todos a cubierto del relente bajo los aleros? La orden fué de tocar hasta que ellos desaparecieran detrás de la carretera de Ampuyenta. Pero yo creo que mientras se vea Dios debo estar aquí, con frío, con viento, con lo que sea. No quiero remordimientos después por haber faltado. Y aun cuando nada se vislumbre ya, bien por la noche avecinada, bien porque hayan traspuesto la loma, yo proseguiré mi repique de honor por unos momentos más para que Dios esté contento de mí.

Sigo pensando en el enfermo desconocido. Habrá una pena grande en aquella casa de lejos donde se estrellará el polvo levantado. Detrás, la yunta vieja acaso vuelva el cuello hacia la puerta, esperando la paja y la ración que se han olvidado de traer desde esta mañana. Las andoriñas rasarán el techo y los cercados. Y por el tragaluz en forma de agujero de cerradura se echará afuera, sobre el establo en silencio, racha a racha, la fiebre del hombre moribundo...

¿Cuándo he de ver subir cuesta arriba el cajón negro donde vaya inmóvil el señor Epifanio?

LOS AMIGOS

Cuando los vi entrar esta mañana, todos colorados y sudorosos, remolcando con desgana la carpeta de los libros o el bulto de tela bien relleno, me dije: ¡Dichosos! Han jugado al chivivín y a la pelota (esas pelotas que saltan mucho, hechas de lana y cordobán), lo mismo detrás de la capilla que en la plaza y su arena de delante.

¡Dichosos ellos! Saben lo que es eso de entrar y salir de la escuela, lo agradable de venir desde un lugar lejano a este otro empapelado de carteles y repleto de bancos. Y el regreso, teniendo por fuerza que hacer un camino más o menos prolongado. Yo, no. La pedrada en busca del pájaro o del nido, la pedrada a ras de tierra para oír cómo suena a cada tropiezo, el subir una cuesta empinada para tropezar al otro lado con un pueblo nuevo a la caída de la tarde, como Macario Marichal, el de la Rosa Ucala, y el poder despojar varas de mimos después de chupar la flor con cosa dulce, no son para mí. ¿Por qué? Sépanlo. Porque soy el hijo del maestro. Tengo mi casa en la misma escuela. ¡Siempre estoy en la escuela!

Macario es éste que se sienta en mi banco. Su padre y el mío se llaman compadres. Viene todos los días con su hermana, muy temprano, desde su pago, con la compañía de un tratante en bueyes de su casa. A la tardecita se vuelven. Está en el "Deberes", y lee peor que yo. Pero me gusta andar con él, sobre todo a mediodía, después de almorzar, en que corremos juntos por el patio empedrado o hacemos arados, yugos y cangos. La comida la traen en el zurrón, junto con las plumas, los libros y la pizarra, y en la misma escuela, cuando no queda ni un alma, se ponen a comer. ¡Traen más golosinas! Claro. Siempre me toca algo. Si me las da cuando Anita ya se ha ido con mis hermanas, las cojo en seguida. Delante de ella me pongo ofendido, furioso, porque siento vergüenza.

Mírenlo. Aprovecha un instante de poca vigilancia y susurra junto a mi oreja:

—Cesáreo...

—¿Qué?

—Hoy, uvas.

—¿Muchas?

—Cuatro racimos. Dos para tí.

—Gracias.

—No traje más porque se me iban a escachar todas.

—Bueno.

El olor de la tiza se mete por la nariz de todos los niños. Junto a la mesa, los de "Catón" deletrean a un tiempo. Eulogio Nolasco, el que pela su madre dejándole la cabeza llena de escaleras, está en la pizarra grande, atascado con una división de tres cifras. Y hay volando un runrún hecho de sonsonetes, conversaciones y riñas a media voz.

Otra vez, los labios de mi compañero bisbiseando:

—Oye, ¿cuándo es tu día?

—Yo no sé, no me acuerdo. Mamá lo podrá decir.

—¿Se lo preguntas después?

—Bueno. ¿Para qué?

—Para una cosa...

Me callo. Antes me estaba acordando de Anita, su hermana, y él me distrajo. ¿En dónde quedé? ¡Ah, sí! "Tiene unas manos chiquitas... Menos que las mías. Claro. Ella no trae agua ni andará con el burro. Y más limpias. Pero digo yo: ¿es que las niñas no juegan con el barro y la hierba? Dentro de un rato habrá salido de su escuela y vendrá a comer. Uvas, uvas... Trayendo su traje azul y los zapatos abrochados a un lado. Me gustan los zapatos... Me gusta el vestido... Me gusta Anita..."

VIAJANDO

Mi hermana Aurelia no está en casa porque la madrina se la llevó a Ampuyenta, donde vive siempre. Pocas veces he ido allá y de casi nada me acuerdo: del hospital que empezaron a hacer, de un Santo que dicen nació en la comarca y que murió en Chile, de la iglesia de San Pedro, con torre color ceniza, paradero de alguna que otra misión.

Hoy me fijaré mejor. Tengo que llevar a Aurelia la ropa que se dejó y la cual mi madre puso en un velillo. ¿Estoy contento? Sí. Mucho. Se quedan los libros solos y dejaré muy atrás, por hoy, las lecciones de memoria, que son mi dolor.

¡Ea! Ya estamos montados. Mi burro es un animalito pequeño, morisco, que junta bastante las patas delanteras, algo zambo. Hay que verlo correr cuando en un par de días no lo sacan de su pesebre o cuando divisa algo cercanos otros burros, sean o no conocidos. ¡Cuántos disgustos por su culpa! El que no se me olvidará nunca es aquél de una tarde regresando del molino. Obscurecía. Como veníamos cuesta abajo y con prisa, pues sin fijarme se fué corriendo el costal hacia el cogote, y de aquí, ¡plum!, al suelo. El burro, que sigue andando, y, notándose libre de peso, que echa a correr con toda su alma y desaparece. Yo, que grito, me desespero y rompo a llorar sobre el costal caído. ¿Qué hacer, Señor? No pasa-

ba bicho viviente. El camino es desierto, y más, de noche. Arriba negreaban las aspas detenidas, vueltas hacia acá. Parecían atentas a mi infortunio. Así me estuve hasta no sé cuánto tiempo. Alguien había tocado la oración por mí. Y, al cabo, mi padre, que en vista de la tardanza había salido a buscarme, me encuentra hecho un mar de lágrimas a la luz de un fósforo, al mismo tiempo que de lo alto venían pasos. Era el señor Pedro, el molinero, que iba a cenar. ¡Lo que se rieron juntos! ¡Lo que se burlaron! Pero aunque el costal durmió en la despensa aquella noche, el animal no apareció en tres días. Lo encontraron en la raya de Tesguates, rebuznando de hambre en medio de un barranco solitario. Este, éste que ven aquí tan tranquilito fué el de la hazaña. ¡Hombre! Con traer a cuento estas cosas no reparé en la distancia que llevo recorrida. Higueras, higueras... Higos también, madurando. Esto debe ser lo del señor Mendoza, el que tiene un hijo bobo. Lo llaman Güito y sabe hacer casitas de piedra, barro y torta como cualquier albañil. Casitas para los grillos y cigarrones. Son tan fuertes, que el techo aguanta encima el cuerpo de Güito. ¡Pero estos higos morados! De buena gana me comería media docena. ¿Robar? Quite, quite. La Guardia civil me llevaría amarrado como a aquel hombre de Tetir que me cuenta mi madre. Y, además, no debe estar lejos el dichoso perro del señor Mendoza, un perrazo de ganado que sólo con ladrar meté miedo.

Más vale seguir. Por encima de aquellos gajos veo la puerta abierta de mi tía Julia. ¡Cualquiera diría que está a un paso! ¿A un paso? ¡Pues no es nada! Hay que pasar el barranco de Tao y atravesar las tierras coloradas de la Solana... ¿Para qué? Ella se alegraría. Me acosaría a preguntas. Al tiempo de levantarme los tiros de los calzones y meterme la camisa, exclamaría:

—¡Vaya con mi sobrino!

Pero con todo, y a pesar de que no había de marcharme sin un bolsillado de almendras o cosa así, tengo que seguir carretera adelante, sin detenerme, para poder estar de vuelta antes del sol puesto. ¡La casa de mi tía! ¡Cuántas tardes me asomé a aquel pozo ancho y descubierto, bordeado de geranios rosados, sin atreverme a meter el balde en su misterio, que es para mí la muerte, el ahogarse uno!

—¡Arre, "Juan!"

Ahora me encuentro con un rancho de gente que está almorzando en una cuneta, bajo la sombra de los tarajales. Son los que van arreglando el piso de la carretera y los que antes han traído estos montones de china.

—¿Quieres acompañarnos?

—No, señor. Muchas gracias.

—Anda, hombre. ¿Ya almorzaste?

—Sí, señor.

Sacan la comida de cazos de lata, de calderitas azules, de zurrones de cabra, de palanganas. Miré bien por saber si era verdad lo que decían: que algunos, por ahorrar para su pobre familia lejana, comen el gofio con pi-

mienta picona. Puño de gofio, mordida a la pimienta... Pues ninguno lo hace aquí.

Se levanta una mujer con sobretodo negro. ¿Qué va a hacer, que se me acerca? ¡Ya ven! Me ha dejado entre el lomo de "Juan" y mis piernas un puñado de porretas amarillas. Más allá, cuando hube dicho adiós, los oí conversando asunto de mí:

—Cesarito, el hijo del maestro.

LOS NOVIOS

¡Qué encarnada encuentro a Aurelia! Parece otra. Se ha vuelto viva y parlanchina, hasta el punto de casi no dejarme respirar, abrazada a mi cuello y hablando como una descosida desde que entré al patio. Le resplandecen los ojos, tan brillantes, que cualquiera podría confundirlos con dos manchones redondos de tinta fresca. ¡Si la vieran en casa!

Doña María me ha besado y se deshace en preguntas con una voz suave, bonita, como cuando uno habla en sueños. Yo, ¿qué voy a hacer?, me apuro por contestar a todo, tratando de vencer la gran timidez de que se encare conmigo tanto rato, siempre alabándome y acariciándome la cabeza. Por sus labios y por los míos pasa toda mi familia, los libros que estudio, los amigos que tengo, las novedades que me hayan sucedido. Y, al fin, me hallo con que hemos atravesado el patio de cemento, limpio por todas partes, menos por aquella de debajo del naranjero, un árbol verdísimo que tira sus hojas una a una. (Huele bien este patio ancho y fresco, lleno de puertas, ventanas, balconcillos y enredaderas rampantes.) Y estamos ante una mesa donde, ante la mirada pícara de Aurelia y la bonachona de doña María, me atraco de pan, queso, pasas, naranjas...

Tengo que decir que mi hermana apenas se acuerda de nadie. No ha preguntado por mi padre... Y noto que tendría pocas ganas de volver a nuestro pueblo de Casillas. ¡La muy orgullosa! Me entristece su manera de ser y hasta tengo un enfado pequeñito dentro de mí, que me obliga a la seriedad y a comer en silencio. Cuanto que vuelva, me planto ante mi madre y se lo digo:

—No cuente usted con Aurelia para nada. Se ha olvidado de nosotros...

Al volver a hallarme fuera, junto al naranjero, que ya me pinchó con una espina, vislumbro en uno de los rincones a un hombre alto, vuelto de espaldas, que parece hablar con alguien en la ventana. El aire mueve allí despacio una cortina de encaje blanco.

—El novio de Faustinita—me explica Aurelia.

¡Faustinita! La hija única de la casa. ¿Cómo no había salido a recibirme? ¿Por qué no vino a besarme como tantas veces? Ella me quería... Y, sin embargo, ahí está, a dos pasos, riendo divertida, sin acordarse de nadie. Muy bien pudo llamarme a su lado, si es que no quiso molestarse. Y ni eso. ¿De modo que son novios? ¿Ser novios consiste entonces en lo

que estoy mirando? ¿Desentenderse de todo el mundo, mucha risa, mucho hablar y pasarse las horas muertas? A mí no debe importarme nada, pero tengo un coraje encima...

Decidido. No quiero volver por aquí. ¡Como si el fulano ese mereciera más atención que yo! ¿Más? ¿Por qué? Ahora mismo me monto en mi bestia. Y cuando tengan que mandar algo, otro que se encargue.

¿Y mi rabia? ¿Se va a quedar así? ¡Ah, ya está! ¡Pobre de tí, "Juan", después que traspongamos la casa del caminero!

ANITA

Hoy, jueves, no hay clase por la tarde.

Desde que abrí los ojos al día, ése fué mi gran pensamiento. La esperanza de hallarme libre hace que estudie más y mejor, y nadie, ni mi padre, con ser tan exigente conmigo, pone peros al trabajo de la mañana. Yo estaba quieto en mi asiento y por la puerta de la calle veía el cielo, las suertes de la montaña, sus arbolitos en fila... Todo ello parecía llamarme, como diciendo:

—Qué, ¿no vienes? ¿No sales aún? ¡Con las cosas que te guardo!...

Y yo, a resignarme, a estar sujeto un rato más.

Pero ya se acerca el momento. El último que quedaba por dar la anitmética ya llegó a la mesa, ya comienza a borrar lo escrito en la pizarra. Todo el mundo ha preparado sus gorras, desenaja las plumas, abrocha los botones de los cartapacios. Veo a Eulogio, crecido ya el pelo, atando con una tira los libros de memoria y echando fuera el labio de abajo, desollado por comer fruta verde. Veo a Nicolás, el de doña Isolina Fleitas, que está escondiendo una...

—Salgan...—dice mi padre.

Y allá vamos todos fuera, sin dejar de correr, gritar, pisotear y huir como locos. Llegó la hora.

Hemos almorzado todos en reunión. A ella, Anita, siempre con su trajecito azul, la pusieron entre mis hermanas, las cuales se regocijaron por tal novedad. Macario, junto a mí. ¿Qué hacía yo? Comía, sí, porque siempre tengo buena gana, pero no apartaba los ojos de aquella niña, nueva en este lugar, y para quien guardaba yo tan profundas intenciones. Mucha era mi complacencia. La miraba y era como si jamás la hubiese tenido delante. Además, estoy agradecido por su regalo. ¿No saben? El día de mi santo, que fué el mes pasado, Macario me entrégó muy ufano, por encargo de Anita, un tarjetero muy lindo hecho de estambre de todos colores. O sea que por lo menos durante dos semanas, a través de las caminatas, del paso por el monte, de sus horas de asueto, de la distancia, su pensamiento me traía y llevaba, preparando calladamente la sorpresa. ¿Quién se lo iba a pensar?

Ahora es cuando le descubro más cosas atrayentes. Aquí vemos, por lo pronto, su sombrerete de paja con cinta negra cayéndole por detrás. ¡Qué graciosa! No tienen sus rodillas ni un raspón, ni un araño, ni sombra de tierra. ¿Y voy a dejar su aire de mosquita muerta, la manera de hablar, parecida a un principio de llanto?

Bueno. Pues hemos llegado al “especiero”, este árbol que da unos racimos de bolitas encarnadas. Macario, encaramado a lo más alto desde el primer instante, grita con todos sus pulmones:

—¡Eh! ¿A que nadie ve el molino? ¿A que no saben para dónde viraron las aspas? ¡Hola! ¡Tres guirres por la montaña de la Pasadita! ¡No, cuatro!

Nadie se cuida de él. Yo debí seguir su ejemplo en busca de rasgones en la ropa y de un observatorio para el contorno. ¡Ya me es lo mismo dejar de saborear el alcance de mi vista y de llevarla por un puente invisible y pando hasta los montes del Fraile, los mayores! (Sobre uno de ellos se hallará la cruz que plantaron unos misioneros, cruz solitaria donde la neblina se estropea al pasar de prisa, donde descansarán las palomas salvajes.) ¿Se acabó mi admiración por todo esto? Debe ser verdad. No me muevo del lado de Anita. Creo que estoy empezando a quererla mucho. Puedo tener la seguridad de que su marcha de hoy habré de sentirla como nunca.

En cuanto se presente ocasión buena, le largaré la pregunta, así, de sopetón:

—Anita, ¿quieres ser mi novia?

Y me supongo. Se volverá roja como una amapola, no acertará a levantar los ojos. ¿Y si se marcha corriendo lejos de mí a esconderse avergonzada?

Macario no puede estarse quieto. Ha bajado. Cuenta no sé qué noticias del campanario de piedra oscura. Habla de unas manchas como de ropa tendida en el pico del Mojón, y que, según me han dicho, es el lugar donde anidan los cuervos. De repente, poniendo los ojos picaros, me llama.

—Oye. Ven, que te voy a decir un secreto.

Nos separamos de ellas, hajando la pared hasta la otra gavia, y añado de triunfalmente:

—¿No sabes una cosa? Mi hermana quiere ser tu novia. Me lo dijo anoche.

EL VINO

He visto amanecer los buenos días.

Ahora que no tengo necesidad me levanto con los gallos, desentumeco mis ojos y salgo a prisa por contemplar cómo nacen las mañanas de vacación. Además de considerar el levantamiento del sol de julio, sol que dicen surge del mar, tal vez mojado, acaso chorreando los montes,

mi intento al madrugar quiere alargar la duración de cada jornada y palpar con mayor detenimiento la libertad de la escuela.

¿Habrá quedado era sin visitar por mí? En todos los trillos que realizan viajes redondos sin fin sobre las parvas, allí puse yo mi ciencia, se me veía orondo, se me distinguía por el sombrero de palma que ayuda a hacer sudor.

Ayer... ¿Qué me sucedió ayer? Tras las tuneras donde el señor Justo Nolasco realiza la faena de trillar su cosecha estuve hasta no sé cuándo.

Las mujeres y los hombres daban vuelta al trigo continuamente, se reían, se decían gracias, refréscaban con vino... Yo tuve también mi vaso. Y pronto se me fué evaporando la vergüenza, que rara vez me abandona.

¡Go... jó, "Lucero"! ¿Estás cansado? ¡Go... jó! ¡Siempre a echarse fuera!

Y sin piedad hincaba en las ancas del pobre buey el aguijón de hierro. El olor de la paja y del polvillo se me hizo más intenso, más querido, hasta el punto de trabajar la mies como si fuera cosa propia. Ya no me molestaba el tamo que venía a parar, quieras que no, entre camisa y espalda. Se fueron alejando, obscureciendo, todos los que alrededor contribuían a que aquello saliera adelante, y una alegría nueva, estrepitosa, parecía zangolotearme sin piedad. Sin ser llamadas se acercaron a la era del señor Justo todas las bellas cosas que constituían mi adoración. ¿Era posible? Vi al borde mismo, sobre los cardos reseco, aquel montón de geranios de mi tía Julia, como si hubiesen abandonado su pozo de allá y su amistad con las ranas. Geranios gigantescos, de flores anchas y redondas como mi sombrero. Noté de pronto la presencia del campanario con "María" y "Rosarito" repicando solas en el centro de la parva, al alcance de mi mano. Y yo no podía moverme. Formaba como una pieza maciza con la madera del trillo. Sobre mi cabeza, sin yo tener que mirarlo, balanceábase la vara claveteada, apuntando a todos los lugares del cielo y de la tierra. Y en una ocasión, cuando más se inclinó, pareció señalar el camino de la Rosa Ucala... ¡Je! ¿Ven ustedes? Me bastó desearlo para en seguida tener sentados conmigo a Macario y Anita. El, detrás, hablando mucho, como siempre. Decía:

—Voy corriendo, corriendo... ¿Adónde? A ver a mi amigo Cesáreo, el novio de mi hermana... ¿Adónde? A leer en mi "Deberes" subido en lo más alto del especiero.

Ella, sobre mis piernas, delante de mí, junto a mí, cantando canciones que hinchaban mi corazón. Pronto yo fui un corazón inmenso vibrando entero al roce con su voz.

¡Hola! No cuento más. Mi padre se está acercando despacio y con ceño fruncido, como cuando acaba de levantarse de la cama. Algo va a decirme. Debe tratarse de cosa seria, pues lo conozco bien en tales casos. Aquí está.

—Oye. Como yo me entere de que vuelves a beber vino por ahí, te quito la cabeza.

Frase certera. En mi mente se ejecutaría así: un pescozón terrible..., mi cabeza que sale disparada como una bala de cañón, que pasa por sobre las cimas de enfrente, que no se vuelve a ver más por los siglos de los siglos.

¿Pero es que el vino tiene que ver nada malo conmigo?

SANTA ANA

Pronto va a ser la fiesta de mi pueblo. Faltan siete días, que se irán volando. Ayudado por Antonio, el sacristán, acabo de poner las cinco banderas de la torre que anuncian con sus colores la aproximación del buen suceso. Por lo menos, cuando desde lejos las estoy mirando volar con el viento, ya no me acuerdo de que yo mismo las coloqué atadas con hilo y vergas a la piedra negra de los pilares.

Creo algo así como si la fiesta fuese a venir por las puntas de los parlos, atraída por ellos, y como si hubiera de llegar por caminos del aire, haciendo un viaje ya comenzado en la otra parte del horizonte. Cuando me venga a dar cuenta, ya estará aquí, sobre la plaza, sin que yo haya presenciado el acto solemne de la llegada. En la mañana del día 26 la tendremos con nosotros, tal vez deslizada la noche de Santiago desde las banderas altas hasta la plaza y su arena. Las cajas de turrón ya abiertas, las hojas de palma rodeando la puerta mayor, cubriendo las alfardas enterradas, sostenedoras de más banderas. Mucha gente desconocida, endomingada. Caravanas de burros y camellos que paran aquí trayendo sombrillas abiertas para el sol, caras de mujeres y de niñas que gritan, caras de hombres vistas por primera vez. De Tefía, del Puerto, de Antigua, de Tuineje...

En mi casa debe presentarse también. El horno ya funciona guisando los bollos y el pan, haciendo perder el sueño a mi madre y a mis hermanillas. Las camas sobrantes de tía Julia se traerán acá para los forasteros. También, las sillas para el comedor, este lugar recién albeado que ha de convertirse en algo luminoso (el gran mantel, las flores, las bandejas, los frascos de licor).

Se espera este año gran concurrencia. Llovió a tiempo. Se pudo sembrar con la tierra harta de agua. A esta altura, en toda la isla habrán recogido el pan, y, quién más, quién menos, tiene motivo para estar contento y acudir a dar gracias a Santa Ana, la viejecita. Tan viejecita, que se está cayendo a pedazos. Cuando ayer me subí al retablo para quitar el polvo, bien que lo noté. Algunos bordes se ven carcomidos. Por algunas partes ha aparecido el yeso blanco, descascarillada la pintura.

¡Si se hubiera contemplado con qué respeto pasaba el trapo sucio por la imagen! Desde abajo, sin mucho miramiento y casi gritando, Antonio se hacía el impaciente:

—Vamos, tú. Date prisa, que parece que estás pintando.

Yo no podía. Para acabar pronto era necesario golpear, despreocuparse uno de lo que tenía delante. Pero el rostro surcado de arrugas, nobilísimo, las vestiduras sabiamente plegadas, la actitud protectora para la Virgen muy niña, todo el conjunto, era bastante para imponerme un religioso temor. En este punto recordé lo que cuenta mi Historia Sagrada. Mi alma, ayudada por el silencio, se volvió hacia la parte de las visiones, y surgió el nombre de Belén, de Palestina, párajes que seguramente se alzan detrás de esos cerros de oriente. Supuse a la abuela de Cristo en aquella época de desesperanza, sin hijo alguno, llorando junto a San Joaquín, el esposo. Y luego, ¡mi risa al imaginar qué alegría no sintieran los dos Santos cuando nació la Niña predestinada!

La tarde se había metido muy adentro con sus primeras obscuridades. Apenas se vislumbraba el coro. Todavía blanqueaban a la altura de mis ojos aquellos huevos de avestruz vacíos que caían sobre todas las lámparas colgadas, adorno puesto por el cura anterior. Daban ganas de sentarse para proseguir la tarea con todo primor. Así lo hice, estremeciéndome con la idea de que por un buen milagro aquella mano protectora de María se posara en mis cabellos de un momento a otro, igualándome a su bienaventuranza sin final. Pero me dormí dulcemente. ¿Fui yo mismo o la propia Santa quien cerró mis párpados? ¿No se habría realizado el prodigio sin yo sentirlo?

Al despertar se oía abajo el rumor de la novena. Nadie podía verme, nadie era capaz de suponer que yo pudiera estar allí, tan alto, tan cerca de Dios, del techo obscuro, de las vigas, de las pelotas caídas sobre la capilla...

LOS MOLINOS

Mi padre no ha regresado de Los Molinos, un sitio del otro lado de la isla de Fuerteventura, donde hay playa, abundante pesca y muchísimo marisco. Hay que saber que mi padre es gran amigo del mar. Cuando más tranquilo lo creemos y cuando todo el mundo se ha olvidado de olas, riscos y arena, empieza él a la calladita sus preparativos para marchar de madrugada por esos caminos de Dios, rumbo a las lapas y mejillones que llenarán las rocas, para aprovechar las mareas... Puro gusto casi siempre. Esta vez, por que haya marisco en nuestra mesa el día de Santa Ana.

Los Molinos es su lugar de peregrinación. Todavía no me he podido enterar de la razón que explique el nombre de tal paraje. ¡Cualquiera supondrá un lugar donde se encuentre en movimiento una multitud de aspas! Pues se equivocan. No se ve ni una, ni para qué. Porque allá por el invierno, sería un milagro hallar allí un pescador todavía esperanzado en una noche de fortuna para su barquillo. Se pone el mar de una forma...

Pero en esta época ya se pueden contar como una docena de lanchas varadas. A un lado del barranco, las casuchas de la triste gente recién lle-

gada para bregar. Al otro, tres casitas blancas. A ellas vienen a parar otras tantas familias que en agosto se pasan veinte días en darse los baños. Buen tiempo entonces. Doña María, nosotros y don Claudio, el del Puerto, con su gente, llegamos a esperar que no se acabe nunca esta temporada. La mesa se pone común para todos sobre una camada de sable finísimo, delante de cualquiera de las puertas. Los chicos, después del baño de la mañana, subimos ladera arriba hasta por la otra banda, para poder mirar el agua del fondo, que parece no sonar, sino hacer espuma. Otras veces volvemos cargados los bolsillos de conchas o los hombros de aulagas y matos para el fuego. Hubo un día en que hasta nos atrevimos a poner el pie en el umbral de aquella cueva alta donde paran las gaviotas y donde cuentan que apareció muerta una mujer.

Ya iremos. Dejen que pase el ajeteo de la fiesta. Para entonces me tocará ir montado en la cruz de una silla camellera, con mi almohada debajo, despidiéndome de todo esto: torre, viviendas, cementerio, gavias, montañetas. A la izquierda, mi madre. A la derecha, señor Luis, el amo de nuestra cabalgadura, ocupando ambos las andillas. Y delante y detrás de nosotros, más camellos con la carga, con el resto de mi familia. Pasaremos cerca de Güito con su perro. Pasaremos frente a los manantiales del corazón de las vertientes. Y llegará un momento en que, al echar un vistazo atrás, no quede ni rastro de mi pueblo de Casillas del Angel.

Pero, bueno, ¿y mi padre? ¿Habrá pasado algo? ¿No se habrá metido en algún sitio peligroso? ¿Qué cosas se me ocurren! Mi madre es igual. Siempre le da por pensar lo malo... ¡También él tiene unas cosas!... ¿Qué necesidad existe, gracias a Dios, de ese serón de lapas que es seguro traerá a casa? Los forasteros quedarán satisfechos sin eso, cosa en que no pensarán siquiera. Algunos (lo he oído contar) no son ni conocidos. Llegan al pueblo. Como ven entrar tanta gente a la hora del almuerzo, se mezclan con ellos, pasan, se sientan a la mesa y se dan el gran hartazgo. Mis padres los creen amigos de sus amigos. Estos, que piensan a su vez en que tales entrometidos sean convidados de la casa. Y así transcurre el tiempo, se come, se habla, se discute, se terminan las viandas, hasta que comienza el desfile, donde forman lindamente los huéspedes por fuerza. acaso bendiciendo a la Divina Providencia por fonda tan barata. Entonces mi padre suele preguntar:

—Dígame, compadre Alonso: ¿quién era ése que estaba a su derecha?

Y la respuesta del interrogado:

—Eso mismo digo yo. ¿Quién era?

NOSTALGIA

A pesar de todos los propósitos, volví esta mañana a Ampuyenta.

Quise encomendar a Aurelia, que ya no hace nada, un asunto importantísimo para mí. ¿O es que ha de portarse uno como cualquier desagra-

decido? No. Yo le debo a Anita Marichal un regalo, y como precisamente va aproximándose su día, mi hermana se encargará de hacer una gran muñeca, con tela de colorines, destinada a aquélla.

¡Cuánto me acuerdo de Anita! ¡Mire usted que no poder verla desde hace tanto tiempo, siendo su novio! Su novio... Cuando pronuncio esta palabra o cuando sólo la pienso, me vuelvo serio, serio, y siento un no sé qué rebullir repentino, como de sorpresa. ¿No podría ser que me determinara a cruzar esa vereda tendida hasta su cortijo lejano? ¡Qué alegrón le daría, cómo iba a recibirme Macario! No han sido pocas las ocasiones en que me invitó de parte de su madre, esa señora que no conozco, pero que debe ser tan buena y cariñosa como sus hijos.

¿Qué hará ahora esa niña? ¿Seguirá vistiendo de azul? ¿Hablará todavía como antes, de aquel modo lloroso y dulce que tanto me agrada? Estoy enternecido. Su imagen supo buscarse un buen lugar interior para hacer un juego armonioso en mi corazón... ¿Y qué es mi corazón pensando en ella? Un pájaro. Un pájaro saltarín a quien oigo cantar muy bajito para que nadie oiga fuera mis dulzuras de enamorado.

Ahora es la hora en que más pesa todo esto sobre mi pecho de chiquillo. Cae el sol amarillento, pareciendo romper en pedazos todos los cristales que alcanza. Un sol que se derrama por los pelados lomos de Tefía y que, a más de poner tristes los cosas de mi pueblo y de hacer nacer a cualquier pared sombras prolongadas muy lejos, también se empeña en darme un rato de melancolía. En vano respiro fuerte. Este anochecer callado no me deja tranquilo, me obliga a olvidar mis vacas de madera, mis angarillas de juguete, las estampas, los boliches... Debe haber por ahí, en el aire, en el poniente enrojecido, alguna cosa que tira de mi ánimo. Acaso sean esas mismas sombras largas, las que quieren arrastrar las cosas hasta el confín del mundo. ¿Largas, dije? Véase la de mi casa. Nació al pie del muro, fué andando, pasó al cercado donde el paciente burro "Juan" está atado largo, saltó las gavias del señor Rafael Araya, brincó al callejón. ¿Green que se detuvo? Mentira. Tapó la vivienda de los Morales, las higueras blancas, las tierras sembradas de detrás y acaba por verse subiendo como un lagarto berrendo por el frente de la casa de doña Isolina Fleitas, aquella morada de donde no podrían oírme un silbido.

En la Rosa pasará igual. Mi Anita, la buena, la de manos chiquitas y como de seda, también ha de sentir estas cosas del sol marchándose y del anuncio nocturno. Sus palomas (un montón, según me ha contado), ya deben tener hechos sus vuelos y arrullarán recogidas. ¿Dónde pone ella su pensamiento? Si ríe, ¿no es que se acuerda de mí? ¡Oh, Señor, qué sea verdad, que lo que yo imagine se cumpla allá al pie de la letra, de acuerdo con mis ansias!

¡Qué hoguera voy a hacer mañana, la víspera tan aguardada! Una hoguera tal, que su humo y su resplandor admire a todos los pagos en

diez leguas a la redonda. Y allá... ¡que piensen en la mano que la encendió!

LA FORASTERA

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hice? ¿Tanto esperar la solemnidad para venir a contemplarme en esta situación? ¿Qué tengo? Sin alegría, sin mis juegos, en la actitud traidoramente adormecida que me domina, ¿qué va a ser de mí, Señor?

Pasó la fiesta mayor de Casillas. Muchos sucesos, muchas cosas nuevas. El trajín de la casa, la muchedumbre en la plaza adornada, la función solemne, la salida de la Santa, los cohetes, el bullicio, los bailes, las parrandas... Como recuerdo feo y pisoteado yacen aquí y allá las secas hojas de palma, los aritos del turrón. Pasó todo. Pero para mí quedó esta congoja que tan pronto me dice "ríe" como me dice "llora"... Y si voy a pensar, nada ha sucedido, nada. Que vino a mi casa don Claudio, el del Puerto. Que trajo a sus dos hijas. Que todavía los tenemos aquí. ¡Pero aquella Luisita, la más alta, veinte años primorosos!... ¿Se ha visto algo tan lleno de ternura, como su rostro pálido? ¿Qué mirada puedo recordar que se compare a la de sus ojos, fuertes de misteriosa sombra?

Y me he enamorado...

¿Quién me mandó hacer eso? ¿Quién me arrastró tan poderosamente hasta ella, sin pensarle, sin temerle? ¿Por qué este deseo, este raro desenfreno que me lleva a querer fundirme en su figura para ir siempre en su corazón, despreciando al mío, para sentirme ángel, cielo, sonrisa, felicidad? ¡Oh, señores! Yo rocé su vestido y creí tocar el Paraíso... Yo la conduje a todos los lugares de mi pueblo, donde ella indicó, pero siempre llevando mi menguada mano en la suya, delicada, blanquísima... ¡Ella me ha hablado con una suavidad transportadora! ¡Y acarició mis mejillas! ¡Y besó mi turbada frente!

Tú, Anita, niña de la Rosa Ucala, ¿qué vas a decir de mí? ¿Cómo volveré a presentarme ante tu voz en llanto el día en que de nuevo aparezca la sonrisa y vuele dulcemente el trajecito azul? ¿Sabes, oye, sabes que no te puedo querer más, nunca más?

¡Ay de la pobre muñeca de trapo arrinconada en la despensa! ¡Pobre regalo que no salió a su destino y a quien desgarrarán mis hermanas cualquier día! No quiero verte. No quiero sentir en mi rostro avergonzado esa mirada que me preparas para cuando yo entre, mirada de tus ojos fríos, única que tienes, y en la que por fuerza estarás poniendo el menosprecio más profundo.

EL OBSEQUIO

Vengo a refugiarme en la gañanía. Debo traer la cara ardiendo y noto que mi respiración se ha vuelto rápida y amedrentada desde allá a

aquí, con ser tan poco trecho. ¿Qué pensará de este chico atrevido? ¿Qué habrá dicho?

Porque como ayer hubo bautizo y el padrino me dió unas perras, las empleé en una postal. La quería para regalársela a Luisita, después de poner una dedicatoria que había visto:

Por ser la primer postal
que de mi mano recibes,
guárdala en tu corazón
para que nunca me olvides.

Y acabo de entregársela aprovechando la ocasión en que veníamos juntos y solos, después de la misa. Lo había pensado mucho, no me decidía. Cuando estaba revestido ayudando al cura, ya no podía sentir el orgullo de hallarme allí, en tan alta función como la mía, ni aun pude pensar en que ella también me contemplaba. Atendí únicamente a mi congoja interna, la que me ataba el atrevimiento por lo que acabo de hacer. No olvidaba las burlas de quien pudiera enterarse, ni el bochorno que experimentaría ante mi padre cuando estuviese ya noticioso del asunto... Cruzado de brazos, fingiendo atender al Santo Sacrificio, mi mano derecha no se apartaba del lugar dentro de la marinera donde descansaba el sobre con mi pretendido obsequio. Y me distraía. Y no me dejaba estar la inquietud.

Pero se acabó. A lo hecho... Sólo me conturba esta reflexión desconsoladora: ¿cuándo sonará en la sala el alboroto de las risas encendidas a mi costa?

LA AMARGURA

Diez días tristes, tristes. "Ellos" se fueron. La fiebre me ha consumido mucho y tarde podré abandonar la cama. Me llega el rumor de mi escuela, como llamando. "Ellos" se fueron... Sí. Estoy enfermo, muy enfermo...

FIN

ARMANDO YANES Y C^A

S. LTD



**CASA
AGRÍCOLA-INDUSTRIAL**



TAZACORTE

ISLA DE LA PALMA

Alvaro Rodríguez López y Hno.

SDAD. LTDA.

CONSIGNATARIOS DE BUQUES

Servicio semanal fijo entre los puertos de las

ISLAS CANARIAS

Oficinas: Avenida de Cuba, 10

SANTA CRUZ DE TENERIFE

JUAN DE LA ROSA REYES

AGENTE DE ADUANAS

SUBDIRECTOR DE LA COMPAÑIA DE SEGUROS

CERVANTES, S. A.

Dirección telegráfica:

ASORAL

Teléfonos: 873 y 223

APARTADO, Núm. 297

Oficina:

CANDELARIA, 24 (entr.)

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Francisco Martín Pérez

EXPORTADOR de FRUTOS

Empresa de Transportes

DIRECCION TELEGRAFICA:
FRANFRUTA

Marina, 8

Teléfono, 289

Santa Cruz de Tenerife

JACINTO

SASTRE

CASTILLO, Núm. 64

●
Reservado

para la Ferreteria

El Martillo
●

AURELIO FLEITAS MORALES

IMPORTACION - EXPORTACION



Jabones de tocador
"FLORES DE OTOÑO"
Y "NEREIDA".

Aceites de Oliva.

Loza Mayólica.



Apartado, 255

SANTA CRUZ DE TENERIFE

Agencia Santaella

Director Propietario:

AUGUSTO SANTAELLA CAYOL

Administración Propiedades

Compra venta Fincas

Colocación dinero en Hipotecas

SEGUROS

Castillo, 55 (a)

Tef., 343.

ZOTAL

JABON ZOTAL

RATICIDA « ARPON »

Sólo para Ratones

Agente para esta Provincia:

ALEJANDRO PALAREA LADEVEZE

Castillo, 62. - Teléfono, 970.

FABRICA DE TABACOS,
CIGARRILLOS Y PICADURA
DE

VDA. DE A. ESPINOSA, S. A.

ESPECIAL
SUPREMA,

Continúa siendo el campeón de
los cigarrillos isleños.

SANTA ROSA DE LIMA, 6
SANTA CRUZ DE TENERIFE

FRONTON TENERIFE

Todas las noches,
grandes partidos.

QUINTETA
BIQUINIELA
TRÍO

MAGNIFICOS DIVIDENDOS

La Casa de los Relojes
Déniz

SELECTO SURTIDO,
MARCAS GARANTIZADAS,
Y DE PRESTIGIO MUNDIAL.

S. Pedro Alcántara, 1. Santa Cruz de Tener